



SEDUCIDOS POR DIOS

Un santo no es, como muchos se imaginan, una clase de campeón que realiza proezas de virtud, que supera “records” espirituales. Es, sobre todo, un hombre seducido por Dios. Y que entrega a Dios su vida entera.

Así era ya para los santos del Antiguo Testamento. Uno de ellos, Jeremías, ha hecho sus confidencias en términos inimitables :

Señor, Tú me has seducido
y yo me dejé seducir.
Eras más fuerte, y me venciste.
A todas horas soy motivo de risa;
todos se burlan de mí.
Siempre que hablo es para anunciar
violencia y destrucción;
continuamente me insultan y me hacen burla
porque anuncio tu palabra.
Si digo: “No pensaré más en el Señor;
no volveré a hablar en su nombre”,
entonces tu palabra en mi interior
se convierte en un fuego que me devora,
que me penetra hasta los huesos.
Trato de contenerla,
pero no puedo.
Puedo oír que la gente cuchichea:
“¡Hay terror por todas partes!”
Dicen: “¡Venid, vamos a acusarle!”
Incluso mis amigos esperan
que yo dé un paso en falso.
Dicen: “Quizás se deje engañar;
entonces le venceremos y nos vengaremos de él.”

Como a los profetas, también seduce a los apóstoles. Contemplemos a Juan y a Santiago (Mt 4, 18-20): Un hermoso día de primavera, al borde del lago Tiberíades, los dos jóvenes están lavando las redes en compañía de su padre Zebedeo. Quizás cantan. Puede que cantos de amor. Pasa un hombre, joven todavía. Se acerca. Y su voz debe tener una extraordinaria seducción porque es suficiente una llamada para que, en el acto, Santiago y Juan dejen a su padre y las redes y lo sigan, con el paso ágil de adolescentes alegres. No tienen idea de la aventura en qué se embarcan. De hecho, acaba de decidirse su destino. Se han jugado toda la vida por unas palabras de Cristo. También ellos han sido seducidos, también ellos se han entregado.

Unos años después, le tocará el turno a Pablo. En cada página de sus Cartas sale su amor apasionado por Aquél que en noble lucha lo conquistó. Un día, en efecto, se le apareció Cristo (1ª Cor 15, 8), él le vio (1ª Cor 9, 1). Desde aquel momento su vida se transformará radicalmente. *“Pero todo esto, que antes era muy valioso para mí, ahora, a causa de Cristo, lo tengo por algo sin valor. Aún más, a nada concedo valor cuando lo comparo con el bien supremo de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por causa de Cristo lo he perdido todo, y todo lo considero basura a cambio de ganarlo a Él y*

encontrarme unido a Él; no por una justicia propia basada en la obediencia a la ley, sino por la fe en Cristo, por la cual Dios me hace justo” (Fil 3, 7-9). Poco le interesa la estima del mundo: “No busco la aprobación de los hombres, sino la aprobación de Dios. No pretendo quedar bien con los hombres. ¡Si pretendiera quedar bien con los hombres, ya no sería siervo de Cristo!” (Gal 1,10).

El amor de Cristo gobierna nuestras vidas (2 Cor 5,14) y está seguro de que nada podrá separarle de Él: “¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la muerte violenta...? Como dice la Escritura: “Por causa tuya estamos siempre expuestos a la muerte; nos tratan como a ovejas llevadas al matadero.” Pero en todo esto salimos más que vencedores por medio de Aquél que nos amó. Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los poderes y fuerzas espirituales, ni el presente ni el futuro, ni lo alto ni lo profundo ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús, nuestro Señor! (Rom 8, 35-39). No le da miedo ni la propia debilidad: ni ella le podrá separar de su Señor pues el Señor me ha dicho: “Así que prefiero gloriarme de ser débil, para que venga a residir en mí el poder de Cristo. Y me alegro también de las debilidades, los insultos, las necesidades, las persecuciones y las dificultades que sufro por Cristo, porque cuanto más débil me siento, tanto más fuerte soy” (2ª Cor 12, 9-10). Su unión con Jesucristo llega a la identificación: “Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2, 19-20). Aún así, está impaciente por la plena posesión de su Dios: “Me es difícil decidirme por una de las dos cosas: por un lado, quisiera morir para ir a estar con Cristo, pues eso sería mucho mejor para mí pero, por otro lado, es más necesario por causa vuestra que siga viviendo”. (Fil 1, 23-24). Porque, “Yo soy menos que el más pequeño de todos los que pertenecen al pueblo santo pero él me ha concedido este privilegio de anunciar a los no judíos la buena noticia de las incontables riquezas de Cristo”. Y cuando llega el otoño de su vida, toda gastada por su Señor, se entrevé el fondo de su corazón en una última confidencia, impresionante en su simplicidad, a su amado discípulo Timoteo: “Sé en quién he puesto mi confianza” (2 Tim 1,12).

No hay dos tipos de hombres: unos llamados, como Juan o Pablo, a entregarse a Dios sin reservas, y los otros a amar con moderación.

No hay dos santidades, en las que en una de las cuales no se diera el don total.

El matrimonio sería una trampa que habría que evitar, si no fuera un medio para acceder a la perfección del amor de Dios.

Vosotros estáis llamados a la santidad. Y es, **en y por el matrimonio**, que debéis tender a ella.

H. C.